

este problema y ofrecer una posible solución se dedica el segundo texto, titulado “La institución universitaria”.

El incremento del saber incluye también el aumento de las personas que se benefician de él. De aquí surge, según el autor, la distinción entre tres funciones de la universidad: investigación, docencia y extensión. A explicar estas tres funciones se dedica el tercer texto, titulado “La crisis de la Universidad”. Además de la investigación o aumento del conocimiento, la Universidad tiene un encargo docente: tiene que incrementar el número de personas conocedoras del saber. En último lugar está la extensión o transferencia de conocimiento. El autor hace hincapié en que estas dos funciones son ineludibles pero secundarias respecto de la investigación: los principales destinatarios de los avances en investigación son otros investigadores y, en segundo lugar, el resto. Este texto contiene sugerencias prácticas, aplicadas a un contexto donde muchas universidades carecen de medios para competir en la investigación puntera, acusan un exceso de docencia y su autonomía se ve mermada por poderes extrauniversitarios (sobre todo la centralización estatal de las estructuras y planes de estudio).

Habida cuenta de que el incremento del saber no tiene techo, y de que las crisis son frecuentes, piensa el autor que la actitud propia de un universitario ante el futuro abierto es un optimismo esperanzado, que siempre piensa que lo mejor está por llegar. A explicar esta actitud se dedica el cuarto y último texto.

En definitiva, el autor pretende recuperar para la Universidad “su carácter unitario, de modo que contribuya a sustituir, en palabras de Juan Pablo II, el progreso por el desarrollo, es decir, el crecimiento de todos los hombres y de todo en el hombre” (p. 57).

Gonzalo Alonso Bastarache
Universidad de Navarra

Espot, M. R. y Nubiola, J. (2019).

Alma de profesor. La mejor profesión del mundo.

Bilbao: Desclée De Brouwer, 165 pp.

De entrada hay que señalar que los autores de este libro son personas que atesoran una larga experiencia profesional en el ámbito de la educación y que, además, poseen una extensa bibliografía pedagógica y filosófica. Para ellos, ser profesor constituye la mejor profesión que existe, aunque “es muchísimo más que saber

sobre la materia que se imparte en un aula, dominar las más recientes tecnologías, o conocer las más modernas metodologías o técnicas de enseñanza más en boga” (p. 45). El libro está dividido en cuatro capítulos que abordan la figura del profesor, el papel de los alumnos, la tarea educativa y, por último, unas consideraciones sobre la “nueva educación”, exaltada por unos y denostada por otros.

Resulta obvio que, de acuerdo con el título del libro, el profesor ocupa el núcleo central de la obra en una línea que refuerza la necesidad de alcanzar prestigio y reconocimiento, desmarcándose de la vanidad que a menudo acecha a los profesionales de la docencia. Así se explica la reivindicación de los autores para forjar profesores auténticos, es decir, coherentes, que asuman la vida intelectual, que lean libros, hasta convertirse en modelos ejemplares. No hay que perder de vista que lo intelectual va unido a lo humano, y así conviene que el profesor sonría amable y afectuosamente para ganarse la confianza del alumno a través de una mirada empática.

Téngase en cuenta que los autores entienden el proceso educativo como una empresa formativa que afecta a la escuela y a la familia, y que se extiende cronológicamente a lo largo de la vida del alumno. En el orden de cuestiones prácticas, el libro no tiene desperdicio porque se dan orientaciones válidas para todos, tanto para los profesores noveles como para aquellos que llevan años en ejercicio. En esta línea, se dan consejos para que el trabajo en equipo para sea efectivo y enriquecedor, sin protagonismos individuales. También se aceptan los exámenes, dentro de unas coordenadas que favorezcan la evaluación positiva de cara a la optimización de los resultados del alumnado. Con relación a los deberes, se opta por una solución que atiende al sentido común, al proponer crear un clima de silencio y trabajo en casa, lo que implica el compromiso de la familia en la tarea de educar e instruir. Así, y de acuerdo con una vía natural de comunicación paterno-filial, se reclama el acompañamiento y el apoyo de los padres, una instancia que complementa la escolar, a cargo de los profesores.

Igualmente se postula la calidad en el aula, para lo cual el profesor debe mejorar no sólo técnicamente sino también en lo intelectual. Esta idea cruza transversalmente todo el libro, de modo que el profesor adquiere una dimensión intelectual que debe cuidar porque fondo y forma van unidos, muy al contrario de lo que se piensa a partir de los principios pedagógicos naturalistas, que enfatizan y promueven la intuición y la espontaneidad. “El profesor comprometido, el que ama su profesión, busca dominar la materia que imparte mediante el estudio y la investigación” (p. 87). Con todo, no se niega la importancia del talento, un don innato y recibido, aunque se enfatiza que cada maestro cultive su mente potenciando el talento a través de la lectura y, por ende, de la escritura, del arte de la escucha y

del atrevimiento a pensar, un aspecto que no solo afecta al profesor sino también al alumno, que ha de tener libertad para tomar sus propias decisiones. Aparte de todo esto, no hay que perder de vista que el profesor ha de saber, tiene que dominar su materia. “La autoridad del profesor es la *autoridad del saber*. De hecho, el alumno acepta la autoridad del profesor con el fin de saber” (p. 151).

En sintonía con los principios de la pedagogía perenne, siempre contraria a unilateralismos, se plantea la consabida cuestión de las dos culturas, ciencias o letras. En líneas generales, y tal como vemos, el libro se sitúa en una especie de término medio entre los sistemas más rigurosos que promovió en su día la pedagogía herbartiana-tradicional y los sistemas libertarios que promovieron determinadas corrientes de la moderna pedagogía. Por supuesto, los autores no dudan en tratar el tema de la “nueva educación” desde una mirada constructiva que valora el papel de las metodologías tradicionales y las innovadoras. Así, se apuesta por una solución que combina aspectos de ambas metodologías a través de un planteamiento binomial, a la vez que se enfatiza la importancia de la interdisciplinariedad, con lo que se acepta el trabajo por proyectos y el aprendizaje basado en la resolución de problemas. A mayor abundamiento, se abordan puntos cruciales de la educación actual, como la escuela inclusiva y las nuevas tecnologías, siempre desde un punto de equilibrio y ponderación, de tal suerte que los autores huyen de las modas al uso que proclaman la hegemonía del género para plantear la cuestión en sus justos términos, es decir, respetando la “libertad de enseñanza en una sociedad plural”, de modo que existan opciones que acepten la separación de sexos en el aula.

En fin, nos encontramos ante un libro valioso, porque está claro que cualquier instancia didáctica e instrumental precisa de un anclaje teórico: aquí se inscribe en la pedagogía perenne que, sobre la base del realismo aristotélico-tomista, propugna el equilibrio, en un intento que escapa de las posiciones maximalistas y que opta por el sentido común, o tacto pedagógico, si se quiere. Esta última cualidad –la del tacto pedagógico– es inherente a los autores del libro en cuestión, una obra de lectura obligada para todos: para quienes se inicien en la docencia o para aquellos otros que estén curtidos en ella. En definitiva, un verdadero antídoto contra los profesores quemados de su trabajo que, como se recuerda en el subtítulo del libro, es la mejor profesión del mundo.

Conrad Vilanou Torrano
Universidad de Barcelona